Estimados hermanos en Cristo:

Que la Paz del Señor les acompañe en esta semana y siempre. En este nuevo ciclo de catequesis, iniciado en el mes de mayo pasado, estaremos compartiendo los libros de los profetas del antiguo testamento, iniciando por el libro de Isaías. Para un mejor entendimiento y aprovechamiento de los temas a discutir, necesitamos iniciar con temas introductorios a la literatura profética, pasando luego a la escatología y, finalmente, entrar en materia con Isaías. Este material corresponde al tercero de tres de introducción a la literatura profética

**Primera Semana. La Literatura Profética**

**Notas de referencia para el catequista.**

Lo presentado en los dos materiales anteriores sirve como información preliminar a la consideración de la literatura profética en el AT, siempre dentro de la definición de literatura profética clásica, que a diferencia del canon judío, no incluye los profetas tempranos contenidos en los libros que el canon católico llama históricos. A la luz de este material precedente, podemos entonces entender lo que esta literatura pretende comunicar, quienes la produjeron y con que intención.

1. **Profetas Literarios y No Literarios.** Esta clasificación es solo incidental y está basada en una concepción errada de la historia de la literatura profética. En este sentido, Amós y Elías difieren en que conocemos de uno a través de sus propias palabras mientras que sobre el otro conocemos a través de lo que nos dicen otros. Así esta distinción nos dice más sobre el destino de las profecías que sobre los profetas mismos. Conviene ahora mencionar que tampoco es enteramente accidental, ya que quienes escribieron sobre los grandes profetas fueron sus discípulos y el hecho de que un profeta fuera capaz de atraer discípulos que se sintieran compelidos a preservar sus profecías nos habla sobre su influencia.

La literatura profética, a diferencia de otros libros con autores literarios específicos como pudieran ser el libro de Ruth o el Evangelio según S. Juan; los nombres que encabezan los libros proféticos, con algunas variaciones, identifican la substancia contenida en el mismo con un profeta específico. Ahora bien, este contenido profético es, en la mayoría de los casos, una colección de los recuerdos de los profetas, no composiciones literarias como tales. Son el resultado de la edición editorial de pequeños grupos de profecías conectadas por tópicos, frases y formatos literarios similares.

¿Pudieron estas colecciones haber sido hechas por los profetas mismos? No es imposible, pero en muchos casos, cuando examinamos los libros proféticos nos damos cuenta de que a los autores les falta información que los profetas hubieran conocido. Otra consideración es el material biográfico en tercera persona que está presente en una parte sustancial de la literatura profética. De nuevo, no es imposible para alguien escribir de sí mismo en tercera persona; sin embargo, es más razonable asumir que este material viene, al igual que las colecciones, de los discípulos de los profetas. Se nos habla explícitamente sobre estos discípulos y el rol que tuvieron en la preservación y transmisión de las palabras de sus maestros, por ejemplo Is 8:16-20. Otra fuente la encontramos en Jer 36 donde se nos describe como sus primeras profecías fueron escritas mientras las dictaba a su discípulo Baruc. Muchas otras profecías también muestran signos de haber sido dictadas Aún en Amós, a quien normalmente se considera como un único autor, encontramos material en tercera persona (7:10-17) además de material en primera persona que supone la presencia de “auditores” cuya misión era recordar y registrar (7:1,4,7; 8:1-2). Fue, probablemente en un círculo de discípulos donde material de carácter privado como las “confesiones” de Jeremías (12:1-6; 15:15-21; etc.) fue preservado originalmente, compartido por el maestro a sus discípulos pero sin intención de que se hiciera público.

Esta posibilidad trae la presunta sobre la integridad del material profético. ¿Hasta dónde las profecías de Amós, Oseas, Isaías y el resto de los profetas aparecen exactamente como las profirieron ellos? La respuesta no es sencilla, ni una única respuesta aplica en todos los casos.

Existen buenas razones para asumir que en los textos poéticos precedentes en cada libro profético hay una transcripción fiel de las palabras originales del profeta. No es impensable que estos textos poéticos hayan sido escritos por el profeta mismo; quizás grabados en trozos de roca o cerámica, aún cuando no fuere realmente necesario ya que la estructura de la poesía era tal que facilitaba la memoria y la transmisión precisa. De hecho, a partir de este material poético surgen patrones y estilos literarios, de manera que es posible distinguir un estilo Amosiano o características Isaianas que los diferencian de otros materiales como Jeremías o Baruc.

El material en prosa ofrece dificultades adicionales. Un profeta pudiera producir, por supuesto, tanto poesía como prosa; y no es menos cierto que aún cuando hay una gran cantidad de prosa en los libros proféticos que refieren pasajes auténticos del ministerio de la vida ordinaria de los profetas, lo que sabemos de los procesos ordinarios de la profecía nos lleva a pensar que su forma común de expresión eran cortas aseveraciones poéticas. Los pasajes en prosa de la literatura profética frecuentemente parecen producciones literarias en vez de discursos a una audiencia, aún cuando registren palabras de profecía que así fueran expresadas. Es decir, parecen ser resúmenes y paráfrasis de profecías en lugar de las profecías mismas. Éstas bien pudieron ser la obra de los profetas mismos, así como San Juan de la Cruz escribió comentarios en prosa sobre sus experiencias poéticas, pero es más probable que fueran sumarios del sentido de las profecías que a veces preservan segmentos de las palabras originales preservadas por la tradición que las transmitió. Esta hipótesis parece estar especialmente confirmada en el caso de Jeremías, ya que muchas de sus profecías, claramente, fueron transferidas a través de círculos muy influenciados por el vocabulario y el estilo deuteronómico.

**Pautas de reflexión.** ¿Cuál es la diferencia entre profetas literarios y no-literarios? ¿En qué tipo de expresión literaria expresaron los profetas el mensaje que recibieron de parte de Dios? El contenido que encontramos en los libros proféticos en la Sagrada Escritura, hoy día; ¿Fue escrito directamente por los profetas? ¿Qué rol desempeñaron los discípulos? Leer las citas enunciadas en el material e iniciar una breve discusión en la comunidad sobre la importancia y el rol de cada uno (profetas y discípulos)

**Segunda Semana. La Literatura Profética (continuación)**

**Notas de referencia para el catequista.**

1. **Formas Literarias Proféticas.** El material más característico que podemos encontrar en los libros proféticos es el oráculo (revelación de Yahveh). Como ya hemos visto, el oráculo es normalmente una declaración poética breve; aunque en la literatura profética los oráculos de una misma naturaleza han sido, comúnmente, ensamblados en una unidad más grande, a veces por el profeta mismo pero usualmente por un editor anónimo. Para subrayar el origen divino del oráculo el profeta normalmente le antecede, concluye o intercala con recordatorios apropiados: “Así dice Yahveh”, “Yahveh habla”, etc. Sin embargo, el profeta también puede hablar en su propio nombre como vocero acreditado por Dios.

Dependiendo de la naturaleza de la palabra de Dios comunicada, los autores distinguen diferentes tipos de oráculos. Así puede ser identificado como condena o no, dependiendo de si la revelación es favorable o no. La profecía pre-exilio es, comúnmente, del tipo negativo (Jer 28:8), esto no significa que no hay profecías pre-exilio favorables, ya que aún Amós, quien fuera probablemente el más pesimista de los profetas pre-exilio también emite una profecía salvífica en 5:15. Sin embargo, como regla general podemos decir que la profecía pre-exilio es de perdición mientras que la post-exilio es de salvación. Profecías de destrucción para los pueblos gentiles que se opongan a la voluntad de Yahveh son características tanto de los profetas pre y post exilio.

La falta de claridad es común, frecuentemente, a toda profecía; la ambigüedad del Oráculo de Delfos era proverbial en la antigüedad clásica. Aunque muchas veces es la actividad redactora la que hace más difícil de entender su significado para nosotros (independientemente de que tan claro pudo estar para los contemporáneos del redactor) como cuando tratamos de distinguir entre que es anatema (condena, perdición, destrucción) y que no, en un texto como Is 7:13ss.

La palabra de Dios ofrecida a través de profecía no es exclusivamente, ni siquiera prominentemente, predictiva. Un oráculo profético de perdición es frecuentemente una denuncia divina contra el pecado (Is 1:2-3: 3:12-15; etc.) o un llamado al arrepentimiento (Am 5:4-5a; Sof 2:3), que al fin resultan ser la misma cosa. Es en este tipo de profecías donde encontramos nuestra mejor fuente de doctrina social y moral revelada a través de profecía. Es evidente que el oráculo puede ser, y muchas veces es, al mismo tiempo una denuncia, una exhortación y una profecía de perdición o salvación.

Las circunstancias precisas en las que el profeta expresó estos oráculos no se describen en la mayoría de los casos y solo nos queda teorizar. Pero hay ocasiones en las que el profeta describe su experiencia profética e incluye el oráculo como parte de la narrativa; de estos casos obtenemos un mayor entendimiento del proceso profético. Así, Amós describe varias visiones en las cuales la palabra de Dios le fue revelada (7:1-9; 8:1-3; 9:1ss), igual Jeremías en 13:1-11 y otros profetas. En Ezequiel, estas descripciones son muy elaboradas (8:3ss; 37:1-14) y así, se convierte en modelo a imitar para la profecía post-exilio y para la apocalíptica, en las que la visión se convierte en la substancia misma de la profecía en lugar de la ocasión para la palabra profética. Algunas de las visiones de Ezequiel parecen experiencias de éxtasis, aunque las descripciones de sus primeras experiencias parecen ser de situaciones ordinarias en las que el profeta recibe un entendimiento especial gracias a su contacto con Dios.

La declaración profética tomó muchas otras formas además de la narrativa de la visión. Amós 1:3-2:8 hace uso de una antigua forma poética que podemos también encontrar en algunos de los libros sapienciales (Prob 30:15ss). Eze 19:2-14; 27:3-9; etc., y muchos otros pasajes proféticos han sido expresados en forma de “canto funerario”, mientras que Is 5:1-7 empieza como una canción de amor como las cantadas por los juglares en las calles de las ciudades (juglar: persona que por dinero y ante el pueblo, cantaba, danzaba, recitaba, hacía juegos). También está la “demanda de la alianza” basada en el muy conocido ritual de la alianza en esa época. Una forma extensiva de esto la encontramos en Miq 6:1-8, que parece estar modelado en una liturgia del Templo de la que vemos muchos ejemplos en diferentes Salmos. Otra forma común en la literatura profética es el sermón profético, en prosa o poesía, que es un instructivo de la liturgia sacerdotal en los santuarios.

Los actos simbólicos de los profetas podrían también considerarse como una forma literaria profética, ya que fueron en sí mismos profecías. Estos actos simbólicos aparecen en Ezequiel más que en ningún otro profeta, pero no son exclusivas. El matrimonio de Oseas (1-3), la desnudez de Isaías (20:1-6), el nombre que Isaías le puso a su hijo (7:3) [Sear Jasub=Un resto volverá], el celibato de Jeremías (16:1-4) y su compra del campo de Janamel fueron todos actos simbólicos. Los consideramos simbólicos pues son signos de otra realidad. Para la mentalidad del AT, sin embargo, fueron realidades en sí mismas, la palabra profética visible. Cuando Ezequiel marcó los caminos del regreso desde Babilonia (21:23ss) no estaba solamente prefigurando un evento sino que de alguna forma estaba haciendo el mismo una realidad. La vida y hechos de los profetas pudieron haber estado tan llenos de profecía como sus palabras, ya que el pensamiento bíblico no hace una distinción real entre ambos.

**Pautas de reflexión.** Basado en el material que se acaba de compartirse y después de leer todas las citas recomendadas en el mismo, iniciar una discusión dentro de la comunidad sobre las diferentes formas literarias que se encuentran en los libros proféticos. Evaluar que aporta cada uno de ellos a la transmisión del mensaje.

**Tercera Semana. La Literatura Profética (continuación)**

**Notas de referencia para el catequista.**

1. **Formación de los Libros Proféticos.** En este material introductorio no vamos a ver una historia detallada sobre cada uno de los libros proféticos. Esto correspondería a materiales de catequesis futuras de cada uno de ellos. Ahora solo veremos los elementos históricos generales que corresponden a la formación de la literatura profética en general de los libros como los conocemos hoy.

Los discípulos de los profetas son, sin duda, responsables por el trabajo inicial de recopilar y también, en gran parte, escribir los oráculos, sermones y otro material en prosa y poesía; parte del cual fue preservado en las palabras mismas de los profetas y parte del cual fue recordado y parafraseado. A este material los discípulos añadieron elementos biográficos y material relacionado (como el himno de la creación que se usa en Amós 4:13; 5:8-9; 9:5-6). El material así conformado es puesto entonces en orden, basado en consideraciones cronológicas, tópicas, o en ambas. A veces se preservan unidades originales (como probablemente fue Amós 1:3-2:8), pero como regla general las unidades que surgen son resultado del trabajo de los discípulos, ya que el material profético fue generado en pequeños segmentos y episodios, en largos ministerios proféticos. Así, el Amós biográfico 7:10-17 está después del recuento de la visión por Amós mismo (en 7:7-9) debido a la referencia a la casa de Jeroboam. Similarmente, el biográfico Oseas (Os) 1, los oráculos Os 2 y el autobiográfico Os 3 han sido unificados basados en la unidad de contenido. Es muy probable que haya sido un discípulo-editor quien haya añadido el verso en Amós 1:2, desde cualquier otro período en la vida del profeta para que sirva como introducción a toda la recolección profética que está a continuación.

El trabajo editorial de los discípulos de los profetas seguramente incluyó no solo la recolección de las palabras de los profetas sino también retoques en la redacción. Otros retoques también ocurrieron después que el material dejo las manos de los discípulos, a través del uso subsecuente que se le dio al material. Por ejemplo: Las referencias a Judá en la versión actual en Hebreo de Amos 6:1 y Oseas 6:4 son, probablemente, el resultado de un cambio desde un “Israel” original. Definitivamente lo es en el caso de Oseas 12:3. Después de la caída del reino del norte, las profecías de Amós y Oseas circularon en el sur y estas adaptaciones se hicieron para demostrar que las profecías aún eran válidas. Retoques similares también han adaptado otras profecías para adecuarlas a situaciones post-exilio.

Las ediciones que hoy encontramos en las colecciones proféticas parecen ser en su mayoría provenientes del post-exilio. Fue en este período cuando se añadieron los títulos y las referencias cronológicas al inicio de los libros. Las referencias cronológicas son, invariablemente, de origen Judaico; aún en casos como Amós y Oseas que claramente solo se refirieron, originalmente, al reino de Israel. Más aún, en algunos casos las indicaciones añadidas no están en concordancia con el contenido profético.

Los editores post-exilio, quienes habían visto la profecía pre-exilio de perdición hacerse realidad y que además tenían la experiencia continua de la profecía del exilio y del post-exilio, siguieron un esquema bastante estándar a la hora de distribuir el material profético recolectado. Tienden a poner los oráculos de perdición al principio y los de salvación al final; en medio, pusieron los oráculos en contra de los Gentiles (pagano, no creyente). El propósito de esta secuencia era expresar su fe en la restauración de un Israel redimido a través de la derrota de los enemigos de Dios y de su pueblo. Al mismo tiempo, aprovecharon la oportunidad para engrosar el segundo y tercer segmento de este arreglo con pasajes proféticos similares, actualizando los oráculos contra las naciones (por ejemplo: mediante la inclusión de los oráculos contra Babilonia que encontramos en Is 13:1-14:23) e incluyendo nuevos temas salvíficos como la reunificación de Israel y Judá que se deriva de Jeremías y Ezequiel. Todo tipo de material suplementario ha sido parte de esta amplificación de los libros proféticos, al punto que hasta una profecía eminentemente de perdición como la de Amós, ha recibido un epílogo mesiánico (9:8b-15); y existen muchos otros ejemplos similares (Os 1:7; 3:5b; Mal 3:24b; etc.). Todavía más, por diferentes razones se han añadido otros suplementos, como el extensivo material histórico disponible relativo a importantes profetas: Isaías (Is 36-39; 2Re 18:13-20:19) y Jeremías (Jer 52; 2Re 24:18-25:30).

Lo más probable es que el texto definitivo de algunos de los libros proféticos se mantuvo bastante abierto a edición hasta su inclusión en el canon (por ejemplo, Jeremías). Y existen, por supuesto, adiciones y alteraciones que no son parte del material consignado en la Sagrada Escritura, que son el resultado de embellecimientos e interpolación deliberada, realizadas posteriormente.

**Pautas de reflexión.** ¿De qué manera se fueron conformando los libros proféticos? Leer las citas enunciadas en el material e iniciar una breve discusión en la comunidad sobre la importancia y el rol de los discípulos en la elaboración de los libros, como los conocemos hoy, y el propósito de Dios en el papel que jugaron para la transmisión del mensaje.

**Cuarta Semana. La Palabra Profética**

**Notas de referencia para el catequista.**

Nuestro interés en la literatura profética no es, por supuesto, el afán de estudio de un antiguo fenómeno religioso. La profecía no solo *fue* la palabra de Dios, sino que la palabra de Dios sigue siendo profética. Si toda la Sagrada Escritura es, en su propia medida, la palabra de Dios; esto es aún mas cierto en la profecía mediante la cual Dios elije hablar directamente a su pueblo. No es, por tanto, un registro histórico, sino la palabra viva de Dios vivo.

Este concepto está alineado al punto de vista bíblico. Ya hemos visto como las acciones de los profetas no eran sólo signos sino también trabajos de edificación para sus contemporáneos. Lo mismo aplica para los oráculos proféticos. El reproche de Ajab al llamar a Elías “azote de Israel” (1Re 18:17) y la queja del rey de Israel debido a que Miqueas no le profetiza a su favor (1Re 22:8) no son la petulancia irracional que aparentan ser a primera vista. Son, mas bien, el reconocimiento de que la palabra profética es poder que viene de Dios y de que el profeta es el instrumento a través el cual este poder divino se transmite. La palabra profética toma vida propia una vez ha sido emitida por el profeta, y el profeta queda así identificado plenamente con la palabra que ha emanado de su boca.

Si compartimos este punto de vista bíblico, debemos reconocer dos cosas: Primero, la palabra profética es más grande que el profeta, algo que los profetas son los primeros en reconocer. Conocemos de esta grandeza a través de su cumplimiento en el NT, que a su vez no es algo que ocurre en el pasado sino una realidad viva, creciente y continua. Segundo, la palabra profética es la palabra de Isaías o de Amós o de Jeremías o quizás de un hombre cuyo nombre no conocemos. Un hombre, en cualquier caso, que estuvo personalmente entregado a esa palabra, que vivió para ella y estuvo preparado para morir por ella. Si vamos a aceptar este mensaje como Dios nos la ha hecho llegar, tenemos que tomarlo como lo hemos recibido a través de los profetas de Israel. Cualquier otra cosa, no es la palabra profética.

**Pautas de reflexión**. A la luz de todo lo leído en este material (4 semanas), y después de la lectura del inicio del Capítulo Segundo del Catecismo de la Iglesia Católica (CIC 50 hasta CIC 73, ambos inclusive); generar una discusión dentro de la comunidad sobre la intención de Dios de revelarse al hombre y de manera específica, a través de los profetas. Compartir, de manera individual, como continúa hoy esa revelación de Dios en nuestras vidas. Contestar todos la pregunta: ¿Cómo respondo a la revelación de Dios en mi vida?